

La Tumba de Sargerass

Escrito por Robert Brooks

Primera parte: El destino del otro

Casi toda la nave se había esfumado. Había ardido hasta quedar en nada.

Las costillas de metal del casco, forjadas hace mucho en Lordaeron, descansaban sobre el lecho oceánico, al igual que los restos de pasajeros y tripulación. Solo algunos trozos de tela y madera chamuscada flotaban en la superficie, relucientes aún, con sus ascuas verdes chisporroteando bajo el oleaje.

Arderían durante horas. El fuego vil no se sofocaba solo con agua.

La corriente arrastró los restos a una orilla de rocas negras. A trompicones llegó una figura solitaria de piel pálida, reseca y con llagas supurantes. Se lanzó al agua y rebuscó entre los restos.

Levantó un tablón carbonizado. Lo olfateó. Dio un lengüetazo a una de las brasas, que chispeó y se apagó con un siseo. Sus ojos emitieron un brillo verde. Sonrió.

—Más... Necesito... más...

Nunca antes había probado la energía vil. Una pepita más grande llamó su atención al sur. Avanzó tambaleándose, sin separarse de la orilla. Sabía que no debía entrar en territorio de las vigías.

Le costaba recordar un día sin sentir esa necesidad. Intentó hacer memoria. ¿Hubo alguna época en la que no le faltase nada? No. Era imposible. Esos recuerdos de ir con la cabeza bien alta por Suramar, consumiendo toda la energía que quería...

... esa época anterior al exilio...

... no eran más que efímeras fantasías. Mejor así. Sería más fácil cuando hubieran desaparecido.

No necesitaba Suramar. Energía: eso era lo que necesitaba. Llevaba días sin consumir nada, salvo esa única ascua, y aquí ya quedaba poca cosa que rescatar. Eran muchos los que padecían como él. Pero había más restos del barco naufragado a más distancia de la costa, restos que supondrían un nuevo botín. Podía sentirlo. No estaba lejos. Así que continuó adelante, ignorando su agotamiento, avanzando hacia lo que fuera que lo reconcomía.

Y sabía que no sería el único que se sentiría atraído.

—Pero es mío, mío, mío, mío, mío...

Estaba ya muy cerca, llamándolo desde la costa.

Allí.

Sobre las rocas yacía un cadáver boca abajo, mecido levemente por las olas. Fuera quien fuese, había sido alguien increíblemente poderoso, pues, incluso estando muerto, su energía mágica relucía como un segundo sol.

Se deleitaría devorándola toda.

Cayó de bruces en su apuro y gateó hasta ponerse en pie. Oyó unos gritos indignados a lo lejos. Habían llegado otros. Y comerían bien, ya que había suficiente para todos. Pero primero, él.

Retiró la capa negra del cadáver. Era un orco de piel verdosa que emanaba magia oscura y mostraba unas extrañas marcas. Nunca había visto un aura tan fuerte. Con esto tendría para...

¿Días? ¿Semanas? ¿Años?

Sintió el poder que irradiaba el cadáver al acariciar el halo que lo circundaba. Era vil. Y era magnífica. Bebió con ganas.

Sintió potencia. Sintió fuego. Sintió poder.

Sintió dolor. Sintió la mano verde del cadáver ceñirse a su garganta, estrangulándolo.

Sintió miedo. El orco estaba de pie. No era un cadáver... y nunca lo había sido. Sus ojos rojos y brillantes miraron a los suyos.

—No has pagado el precio de ese poder, no como yo —dijo el orco. Sus ojos se estrecharon, y los labios se retorcieron en una sonrisa—. Pero sigue, por favor.

El exiliado gritó. Un torrente de energía vil corrupta invadió su mente. Él se alimentaba de magia, pero ahora se ahogaba en ella, bajo un océano sin fin de fuego verde. Estaba lleno a rebosar, y aun así afluía más.

Y entonces, en un instante, toda desapareció: la magia del orco, la suya... Toda drenada hasta la última gota. Solo le quedaron el vacío y la agonía.

Y, aun así, mientras se le paraba el corazón, se dijo que haría lo que fuera por volver a tener todo ese poder.

Con gesto despreocupado, Gul'dan puso fin a la existencia de aquel desdichado, dejando unos simples rastros húmedos sobre las rocas. A Gul'dan le había parecido un elfo, pero distinto de los que invadieron Draenor. Aquellos no parecían tan enfermizos.

—¿Qué era? —le preguntó a su amo.

—UN CAÍDO DE LA NOCHE. UN EXILIADO DE SURAMAR.

Había otros cerca. Huían, pero no llegaron lejos. Gul'dan alzó las manos e, instantes después, todos los caídos de la noche yacían muertos, reducidos a cáscaras marchitas. De sus cuerpos brotaron unos efluvios verdes que se arremolinaron en dirección a las palmas de Gul'dan, en cuya piel desaparecieron.

Gul'dan cerró los ojos y exhaló lentamente. Su agotamiento había remitido ligeramente, pero su satisfacción era mucho más profunda. Volvía a ser el depredador. Ojalá durase.

Se alejó de aquella orilla desprotegida caminando con pesadez. No tenía por qué ponérselo fácil a su persecutor. No se detuvo hasta haberse adentrado bien en la zona, ocultándose entre rocas y árboles baldíos.

Se sentó a descansar. —¿Es este el lugar? ¿Las Islas Abruptas? —preguntó.

—SÍ. NO TE DETENGAS.

Gul'dan odiaba cómo la voz de Kil'jaeden resonaba en su cabeza. Había invadido su mente cuando entró en este mundo, y no le había dado tregua desde entonces.

—Necesito tiempo —musitó.

—NO PUEDES PERMITÍRTELO.

Gul'dan se apoyó contra una roca. Su pacto con la Legión Ardiente le había dado poder, pero su postura era tan encorvada y retorcida como siempre. Su cuerpo mortal seguía siendo débil.

—Necesito tiempo. El archimago es más poderoso de lo que crees.

Gul'dan casi había muerto al nadar hasta la orilla sirviéndose solo de su fuerza. Si Khadgar hubiese detectado la más mínima energía vil alejándose del mercante en llamas... No lo hizo, pero ahora Gul'dan apenas si se podía tener en pie. —Tan solo necesito un momento.

—No.

Gul'dan se quedó inmóvil, recuperando el aliento.

—¿ME DESOBEDECES?

El orco bufó. Había entrado en un mundo nuevo, robado un barco, navegado por un océano desconocido, y todo ello con un rastreador implacable pisándole los talones. Gul'dan no pudo disimular la rabia en sus palabras.

—Te he demostrado mi lealtad mil veces.

—Has fallado una y otra vez. No has demostrado nada.

Gul'dan se puso en pie, ignorando su fatiga. «¿Que he fallado? ¿Yo?». No dejó traslucir sus pensamientos. Él había cumplido su parte del trato, era la Legión la que había fracasado. Todos sus planes habían quedado en nada; Mannoroth, el azote de mil mundos, había muerto en una emboscada; y Auchindoun y su considerable poder solo habían sido suyos durante un suspiro.

Incluso Archimonde había caído.

Le sobrevino un pensamiento peligroso. ¿Por qué las cosas iban a ser distintas esta vez? Gul'dan enterró hondo esa pregunta. Muy hondo.

—¿Adónde debería ir, pues? —preguntó con una voz fría como la muerte.

—VUELVE SOBRE TUS PASOS.

Gul'dan se giró y miró al océano.

—No comprendo.

—YA HAS VISITADO ESTAS ISLAS ANTES. HACE DÉCADAS. ¿NO LO PERCIBES?

—Ese no era yo —dijo Gul'dan. Una desazón helada lo embargó. Saber que ya había habido un Gul'dan que había vivido y muerto en ese mundo, esta otra línea temporal, le daba escalofríos. —No somos el mismo.

—DE SER ASÍ, NO ME SIRVES. VE AL NORTE.

La desobediencia no era una opción. De momento. Gul'dan echó a andar de nuevo, lentamente, atento a cualquier indicio de visión. Sin duda el archimago Khadgar ya habría empezado a registrar

las islas. Algunos carroñeros caídos de la noche correteaban por la zona, pero huían en cuanto sentían la presencia amenazante del brujo. Muchos se escondían en los restos de antiguos naufragios desperdigados por el litoral. Gul'dan se regodeó al pensar lo frustrante que sería para Khadgar el tener que inspeccionarlos todos. No había un cuervo a la vista, aunque en lo alto sobrevolaban buitres. Mantenían sus distancias.

—¿Qué pasó aquí? Con... el otro.

La pregunta le supo amarga, pero tenía que saberlo. Lo único que había oído —entre los gritos de los desafortunados soldados de Alianza y Horda que habían caído en sus manos en Draenor— era que el Gul'dan de esta línea temporal había ido con la primera Horda a la guerra. Lo derrotaron y lo asesinaron. Los detalles escaseaban, tal vez porque ese Gul'dan había tenido un final poco memorable, una muerte que no valía la pena volver a contar... No era una idea gratificante.

—LEVANTASTE UNA ISLA DE LAS AGUAS: THAL'DRANATH.

—¿Por orden tuya? —preguntó Gul'dan.

—NO ESTÁS AQUÍ PARA HACER PREGUNTAS. ESTÁS AQUÍ PARA VISITAR DE NUEVO ESA ISLA. HAY UN LARGO TRECHO. EN MARCHA.

Los pensamientos de Gul'dan seguían navegando aguas peligrosas. «Aquí tiene que haber algo poderoso. ¿Por qué si no querría Kil'jaeden mantenerme en la ignorancia? Puede que tenga que obedecerlo, pero no tengo por qué confiar en él», se dijo. Al fin y al cabo, si a Kil'jaeden lo llamaban «el Impostor», sería por algo.

—¿Puedo preguntar al menos qué hay en esa isla?

—LA TUMBA DE SARGERAS.

En aquel momento se hizo el silencio. Los buitres se alejaron. Los roedores desaparecieron en sus madrigueras.

Alguien se acercaba. Gul'dan se detuvo y escuchó, a la espera. Con mucho, mucho cuidado, se envolvió en poder vil, un truco sencillo pero eficaz. Para quien estuviera a más de dos pasos, Gul'dan sería invisible. Y quien se acercara más, pronto dejaría de ver cualquier cosa.

Mantuvo la vista atenta, pero su mente divagó. —¿La Tumba de Sargerass? ¿Está muerto? —susurró.

—NO ENTIENDES NADA.

Kil'jaeden había dado esa respuesta a muchas de las preguntas de Gul'dan. Ponía a prueba su paciencia cada vez que lo hacía.

Alguien se movía entre las rocas. Gul'dan lo sintió antes de verlo.

Un destello de movimiento llamó su atención. Una figura envuelta en una capa se deslizaba con pasos silenciosos sin que un solo guijarro la delatara. Entró con pie firme y confiado en una zona iluminada que hizo relucir sus hojas curvas y su armadura esmeralda. No se apreciaba ni un palmo de piel bajo su casco, pero no parecía costarle inspeccionar todo a su alrededor.

Gul'dan sonrió. Cordana Cantovil había llevado algo similar. «¿Una vigía? ¿Aquí? Muy interesante».

Se sintió tentado de emboscarla, pero se estaba desviando hacia el norte. La siguió. Si había una celadora, podría haber más. Esos caídos de la noche no habían sido gran cosa, sus esencias vitales apenas le habían aportado poder. Pero las almas de unas vigías sí merecerían el esfuerzo.

Kil'jaeden no intentó detenerlo. Y el orgullo de Gul'dan ardía en ganas de saber si su amo le concedería esa pequeña pizca de libertad.

La magia mantuvo oculto a Gul'dan mientras corría tras la vigía. Dos veces tuvo que detenerse cuando esta cambió de dirección, desviándose en patrones irregulares para acabar volviendo a su rumbo original. Buscaba algo. ¿A él? No era probable. Muy idiota habría que ser para ir tras Gul'dan en solitario. Incluso Khadgar se había procurado aliados antes.

Al poco, la vigía bordeó un precipicio y salió a una meseta donde había una media docena de las de su clase.

Sí...

Gul'dan aguardó en la sombra, acumulando poder mientras la vigía a la que había seguido se unía al grupo. Solo podía oír fragmentos de su conversación.

—... caídos de la noche muertos...

—... barco hundido en el horizonte...

—... como ordenes, celadora Cantosombrío.

Gul'dan las miró detenidamente. Ese nombre le sonaba. ¿Dónde lo...? Ah, sí. Maiev Cantosombrío. La líder de Cordana, una figura temida. Si alguna vez se entera de mi traición, había dicho Cordana, tendré que suplicar un final tan rápido como el de Illidan.

Si pudiera matar a Maiev ahora mismo, sería una amenaza menos de la que preocuparse.

Preparó su emboscada, un virulento torbellino de muerte. No tendrían ninguna posibilidad. Ni siquiera sospechaban que estaba allí. Levantó las manos y...

—**ESCÓNDETE.**

La voz de Kil'jaeden atronó en su cabeza. Gul'dan casi se desplomó por su intensidad. Bajó las manos, olvidando la emboscada. —¿Qué...?

Entonces, lo oyó.

A través de la meseta llegaba el graznido de un cuervo.

Gul'dan disipó su ataque al instante, esperando angustiadamente que no lo hubieran sentido. Miró hacia arriba. El cuervo se lanzó en picado y, por un momento, Gul'dan creyó que lo habían descubierto.

Pero el cuervo se limitó a dar dos vueltas alrededor de la meseta y luego se abatió hacia las atentas vigías. En un abrir y cerrar de ojos, el cuervo se transformó, y el hombre que surgió avanzó con paso seguro.

Los ojos de Gul'dan emitieron un destello, apretando la mandíbula hasta sentir dolor.

—Hola, Maiev —dijo Khadgar, sacudiéndose una pluma del hombro.

—No recuerdo haber pedido que vinieras, archimago —dijo la líder con frialdad.

—No has perdido ni un ápice de tu legendario encanto —contestó Khadgar. Colocándose a su lado, habló en un tono demasiado bajo como para poder oírlo.

Gul'dan maldijo en silencio. —Debería acabar con ese idiota ahora —dijo.

—SON IRRELEVANTES. VETE.

—Puedo matarlos a todos.

—NO ESTÁS AQUÍ POR ELLOS. OBEDECE, GUL'DAN.

Khadgar estaba justo allí. Vulnerable.

En aquel momento, Gul'dan se planteó la traición. Era consciente de que unirse a la Legión Ardiente implicaba servir, y lo había aceptado. A cambio, había recibido un inmenso poder.

Pero no había sellado el pacto para ser un títere.

Había sometido a otros a obediencia ciega —y, de no haber sido por el estúpido hijo de Grommash Grito Infernal, habría sometido a muchos más—, pero ese no sería el destino de Gul'dan. No. Su destino era gobernar mundos para la Legión. Servicio, no esclavitud. «Y si la Legión no está de acuerdo, el pacto ya está roto», pensó Gul'dan.

Pero en este momento, la traición significaba la muerte. Había enemigos por todas partes. Este mundo era extraño y hostil. Gul'dan no sabía siquiera qué poder quería la Legión que consiguiera. Kil'jaeden lo tenía atado corto. Demasiado como para rebelarse.

Por ahora, Gul'dan interpretaría el papel de mascota obediente.

—Como tú digas, Kil'jaeden. —Se retiró lentamente.

—TU DESTINO ESTÁ AL ESTE. BUSCA UN MODO DE CRUZAR LA BAHÍA. YA NO TIENES TIEMPO DE RECORRER SURAMAR.

Gul'dan tuvo una idea. Dejó atrás a Khadgar y a las vigías y regresó a la costa del este. Allí, sobre los restos de un naufragio con las marcas de la Alianza, había un pequeño bote de remos. Estaba atado al barco por una solitaria sogá medio podrida. Con un tirón firme, el bote acabó sobre las suaves olas. Nunca había remado, pero no era complicado y tampoco tenía que ir muy lejos. Pronto puso la distancia suficiente entre él y la orilla —y Khadgar— como para dejar los remos y usar un método más agradable para avanzar. El bote dejaba una reluciente estela verde que, de vez en cuando, adornaba algún pez flotando panza arriba.

Kil'jaeden mantuvo a Gul'dan en el rumbo adecuado, y en menos de una hora apareció en el horizonte su destino. La isla era plana, pero había en ella una extraña estructura que acuchillaba el cielo. De cerca, se alzó imponente ante él. Un monumento. Una promesa. Chapiteles y baluartes dentados daban fe de su importancia. Fuera lo que fuese ahora, antaño había sido una auténtica fortaleza. Para penetrarla habría hecho falta una invasión superior incluso a la que la Horda de Hierro tenía planeada para este mundo.

¿Por qué abandonar un sitio así? Tal vez su momento había pasado. Pero Kil'jaeden tenía sus razones para traerlo aquí. No saber cuáles eran ponía furioso a Gul'dan.

¿Por qué abandonar un sitio así? Tal vez su momento había pasado. Pero Kil'jaeden tenía sus razones para traerlo aquí. No saber cuáles eran ponía furioso a Gul'dan.

A medida que se acercaba, se sentía incómodo. La isla le resultaba familiar. No era el paisaje; algo emanaba de ese lugar: un rastro de su propio poder, del poder del otro Gul'dan de hacía décadas. Ya no le cabía duda: había estado allí antes.

El casco podrido del bote de remos se hizo añicos cuando Gul'dan lo hizo encallar en la inhóspita orilla. Recorrió a pie el resto del camino hasta la misteriosa tumba, donde sintió la magia ignota de quienquiera que hubiera sellado la entrada. Había barreras físicas de piedra y metal encantado, así como una serie de cerraduras y puertas arcanas ocultas, pero aquello no suponía un problema. Gul'dan comenzó a urdir su magia vil en pautas complejas, desmantelando cada obstáculo con facilidad.

—¿Qué hay dentro? ¿Guardias? ¿Trampas? —preguntó Gul'dan.

—TU PROPÓSITO.

Gul'dan se detuvo. Aquella respuesta no se la esperaba. —¿Qué quieres que haga?

—NOS ABRIRÁS EL CAMINO.

Gul'dan no comprendía.

—Ya lo intentamos en Draenor. —Había supuesto un esfuerzo considerable. Y todo, para nada.

—ALLÍ QUISISTE ABRIR EL CAMINO POR TI MISMO. AQUÍ TAN SOLO DEBES GIRAR LA LLAVE. ENTONCES CONOCERÁS NUESTRO AUTÉNTICO PODER.

Cayó otra barrera, pero esta tenía trampa: docenas de lanzas forjadas en fuego y poder Arcano saltaron hacia Gul'dan. Este hizo un gesto distraído con la mano y se esfumaron. Sus pensamientos estaban en otra parte.

—Esto es lo que el otro Gul'dan tenía que hacer. ¿Qué ocurrió?

—NO CUMPLISTE CON TU PROPÓSITO.

—No era yo —gruñó.

—YA LO VEREMOS.

—¿En qué falló?

—DESLEALTAD.

Gul'dan no podía fiarse de nada de lo que el Impostor le dijera. Tal vez aquí, como en Draenor, fuera la Legión la que fracasó.

«Pero, por algún motivo, me han traído aquí dos veces». Algo allí dentro era tan poderoso que ni la muerte podía apartar a Gul'dan de su destino. Tal vez ese destino coincidiera con los planes de sus amos. O tal vez no.

La idea despertó una sonrisa en Gul'dan.

La última defensa en la entrada de la tumba quedó anulada. Gul'dan voló la puerta con enorme estruendo. Ahora tenía que actuar deprisa: el ruido habría llamado la atención.

—Guíame, Kil'jaeden —dijo Gul'dan—. Lo conseguiré.

Se adentró en la oscuridad de la Tumba de Sargerás. Era evidente que el sitio era inmenso, con innumerables corredores que se hundían en las profundidades. El peso de la magia milenaria y de los destinos de las almas de este mundo caía sobre él. Avanzó arrastrando los pies tan rápido como pudo. Ya no hacía falta que Kil'jaeden le metiera prisa, pues Gul'dan estaba ansioso por descubrir los secretos de la tumba. El poder que hubiera en su interior pronto sería suyo.

No de la Legión. Suyo.

Segunda parte: Viejos amigos

La voz de Maiev Cantosombrío era fría. —¿Has acabado, archimago? —preguntó.

—Casi.

El tiempo se acababa. Khadgar envió al último elemental con unas instrucciones sencillas.

—Encuentra a Gul'dan.

La criatura en forma de lágrima y compuesta de energía arcana se alejó flotando. Otros ensamblajes similares serpenteaban ya por toda la isla, de costa a costa, inspeccionando las sombras. Lástima que no fueran lo bastante fuertes para un combate de verdad, pero, cuando alguno de ellos fuera destruido, Khadgar lo sabría al instante.

Unos minutos antes, Khadgar había sentido un atisbo de corrupción, pero esta había cesado. Si Gul'dan había estado cerca, probablemente se había retirado. Una lástima.

—Listo. Mis disculpas, Celadora. Bueno, hablemos de nuestra búsqueda.

—Tu búsqueda. No la nuestra —dijo ella.

—Ah, ¿así que las vigías ya no se preocupan por los intrusos? Es bueno saberlo.

Khadgar mantenía un tono desenfadado.

—Si Gul'dan es bienvenido, entonces no tengo nada de qué preocuparme...

A Maiev no le hacía gracia. —Si es que Gul'dan está aquí...

—Está aquí —afirmó Khadgar.

—Si lo está —repitió Maiev—, nos encargaremos de él. Después de hablar de tus fracasos en Draenor.

—¿Disculpa?

—Te prestamos a una vigía. Una hermana leal e incondicional que se había distinguido una y otra vez —comenzó.

—Maiev...

—Pero, al cabo de unos pocos meses a tu lado, se volvió una traidora. ¿Por qué, Khadgar? ¿Qué hay en ti que la llevó directamente a la Legión Ardiente?

—Pregúntaselo a Cordana cuando la veas —dijo Khadgar con toda la calma que pudo. La acusación de Maiev y hundirle un cuchillo en el pecho eran lo mismo—. Sin duda podrás sonsacarle una respuesta. No estoy aquí por eso.

—Nos enviaba informes, Khadgar —dijo Maiev—. Cordana tenía dudas sobre tu criterio. Serías dudas.

—No hay tiempo...

—«Imprudente. Arrogante. Impreciso. Obstinado. Reacio a aceptar consejos...». Y esas fueron solo sus primeras impresiones. —Maiev y sus vigías permanecían inmóviles, con gesto severo, un muro

de desaprobación tras el cual no traslucía otra emoción—. Tal vez hayas cambiado con los años, Khadgar; pero sonaba muy familiar.

—Si quieres hablar de errores del pasado, podemos hacerlo —dijo Khadgar—. Solo tardaremos unos meses en repasar los míos. Y unos cuantos más con los tuyos. —Los ojos de Maiev se estrecharon, pero Khadgar continuó—. Eso podemos hacerlo luego. Pero ahora mira al sur. —Señaló al océano—. Seguro que tus vigías han visto humo en el agua. Es lo que queda del barco que Gul'dan robó. Lo quemó, junto con todos los que iban a bordo. —Los últimos restos de humor habían desaparecido de su voz—. Gul'dan está aquí, y empezaráis a encontrar cadáveres muy pronto. —Khadgar vio cómo las vigías se miraban unas a otras—. Ah... Ya lo habéis hecho. ¿Alguien importante?

Los ojos de la Celadora se clavaron en los suyos. —Unos cuantos caídos de la noche. Enviamos a Cordana contigo para evitar este tipo de desastres.

—El verdadero desastre aún se puede evitar. La historia no se va a repetir —dijo Khadgar—. Este Gul'dan no sabía cómo llegar hasta aquí. Ni siquiera decidió por sí mismo cruzar la Puerta Negra. Alguien guía cada uno de sus pasos.

—¿Por qué? ¿Adónde? ¿La Tumba de Sargerass? Está vacía —dijo Maiev—. Ner'zhul se llevó parte de su poder; e Illidan, el resto.

Khadgar negó con la cabeza.

—Maiev. Tú sabes lo que quieren sus amos: una puerta abierta a Azeroth. Ya intentaron crear una allí. Quizás quieran volver a intentarlo.

—Eso no es posible.

—No para ti o para mí —dijo Khadgar—. Pero la Legión no invertiría tanto esfuerzo en una empresa inútil. Gul'dan está aquí para reclamar la tumba en su nombre. Ayúdame, Maiev, tú y tus vigías. Juntos podemos detenerlo. ¿Acaso no es ese tu deber?

Maiev contempló a Khadgar sin pestañear. Transcurrieron unos instantes.

Entonces tomó una decisión.

—A mí —ordenó—. Sus vigías se reagruparon al momento. Las órdenes brotaron con rapidez. —Reunid a todo el mundo en la Cámara del Traidor. Quizás debamos trasladar todo lo que hay dentro.

Khadgar se quedó sin habla.

Las tropas de Maiev saludaron y respondieron al unísono. —¡Sí, celadora Cantosombrío! —Sin vacilar, salieron a toda velocidad para desaparecer por el sur. No hacia la tumba, sino en dirección opuesta.

Khadgar no dijo nada. No podía. Maiev acababa de ordenar a sus vigías que se fueran. No iban a ayudar. —Maiev, ¿qué haces? —preguntó al fin.

Maiev se volvió hacia Khadgar. Ya sin sus subordinadas, sus palabras cayeron como un martillo sobre un yunque. —No lograste detener a Gul'dan en Draenor, y no has logrado detenerlo aquí. Robó un barco, ¿no? ¿Tan difícil es para un cuervo rastrear un lento navío de vela? Toda una marea de fracasos.

Khadgar no creía lo que oía. —Tenemos nada menos que a la Legión Ardiente en contra. No sabes a qué nos enfrentamos en Draenor —dijo.

Pero Maiev no había acabado. —Gul'dan navegó hacia las Islas Abruptas antes de que lo localizaras. ¿Y luego qué? ¿Un fuegucito le permitió escapar y llegar hasta aquí a nado?

Un fuegucito.

Había sido un buque mercante, con muchos pasajeros a bordo. Cuando Khadgar descubrió el barco, Gul'dan había apilado en cubierta los cadáveres ressecos de los adultos y había alineado a todos los niños creando un escudo humano para protegerse.

Y entonces, con una sola chispa de fuego vil...

El recuerdo llenó a Khadgar de ira, y habló sin pensar. —Lo olvidaba. Tú nunca has sufrido estos reveses. Dime una cosa: ¿a cuántas de tus hermanas dejaste morir durante tu persecución de Illidan?

Se hizo un silencio absoluto en la pradera. A cada segundo crecía el abismo entre ambos.

Cuando Maiev respondió, fue tajante.

—Cualquier ayuda que te brindara sería un desperdicio. Además, te equivocas. En la tumba no queda nada. Cualquier vestigio de poder que hubiera se encuentra ahora en los restos de Illidan, en la Cámara. Ese sería el auténtico objetivo de la Legión, y es allí adonde Gul'dan iría. Así que mi deber me obliga a ir allí a detenerlo —dijo.

Khadgar reprimió una respuesta dura. Realmente necesitaba su ayuda. —Celadora Cantosombrío —dijo, casi suplicando—, tú conoces la tumba. Yo no. Puede ser una ventaja decisiva.

Maiev se dio la vuelta. —Buena suerte, archimago. Cuando comprendas tu error, me encontrarás en la Cámara. Tenemos mucho más de que hablar. —Y se fue tras sus vigías.

Khadgar no la llamó. —Que así sea —dijo en voz baja. En cuestión de instantes, Maiev ya se había ido y Khadgar volaba por el cielo en forma de cuervo. Sobrevoló en círculo los restos del naufragio, intentando sentir a Gul'dan. No pudo. Solo sentía la presencia de los caídos de la noche escondidos. O Gul'dan había encontrado un modo de cruzar la bahía hasta Thal'dranath, o había huido al norte, hacia Suramar y Monte Alto. Una de esas dos posibilidades implicaba mucho más riesgo, así que Khadgar viró en mar abierto para dirigirse hacia la tenebrosa isla en la que sobresalía una antigua estructura abandonada.

Por primera vez en años, tal vez décadas, se sintió desesperado. Ni siquiera al lanzarse por el Portal Oscuro en una misión suicida había sentido tal pavor. Por aquel entonces, el objetivo de la Horda de Hierro era claro: la conquista. El fracaso de Khadgar le habría supuesto la muerte. Incluso el éxito podría haber requerido el sacrificio supremo. Había cierta paz en ello. Pero la Legión Ardiente... Khadgar la había estudiado durante mucho tiempo, y aún no había averiguado sus auténticos propósitos. Para la Legión, someter Azeroth solo era un medio para un fin. ¿Qué venía después de esclavizar o incinerar a toda criatura viviente? No lo sabía. Y temía la respuesta.

Esa era una de las razones por las que se había centrado en Gul'dan cuando estaba en Draenor. Podías aprender mucho de la forma en que tus oponentes movían sus peones.

«Y probablemente la Legión haya lanzado a su peón directo a la Tumba de Sargeras», pensó Khadgar. Maiev tenía razón en parte: el lugar había sido despojado de cualquier cosa útil mucho tiempo atrás. El Kirin Tor había eliminado a los nagas que quedaban, y los artefactos de poder restantes, por escasos que fueran, habían sido puestos en custodia de las vigías. Se habían dispuesto

cerrojos y resguardos arcanos por toda la estructura, lo bastante fuertes para mantener a raya a ladrones, aventureros y agentes siniestros.

Haría falta un individuo muy motivado y poderoso para colarse. O sea, que Gul'dan apenas tendría problemas. Khadgar tenía que averiguar cómo planeaba entrar...

¡BUM!

«Bueno... Misterio resuelto», pensó. El ruido lejano y sordo llegó a sus oídos justo antes de que la onda expansiva agitara el aire. Sus ojos de cuervo giraron hacia abajo, hacia la isla de Thal'dranath, mientras el viento parecía temblar en torno a sus alas. Una nube de polvo se elevaba sobre la Tumba de Sargeran. Se lanzó hacia ella.

La entrada estaba en ruinas, totalmente destruida. Khadgar descendió describiendo una espiral mientras las plumas se transmutaban en carne y pelo cano, y sus flexibles garras crecían hasta tornarse pies calzados en botas de suela blanda. Sucedió en un instante, como siempre. De los trucos que había aprendido de su mentor, aquel seguía siendo su favorito. Al tocar el suelo, extendió los brazos para despejar la persistente niebla de polvo y piedra pulverizada. Todas las barreras — mágicas y físicas— que aislaban la tumba del mundo habían desaparecido. Solo quedaban residuos de energía vil. Aquello era obra de Gul'dan.

Khadgar se quedó quieto. Escuchando. Sintiendo. Notaba el hormigueo distante de la magia vil. Gul'dan ya estaba dentro. Ya estaba manos a la obra.

Sería sumamente arriesgado cargar en solitario, y tardaría demasiado en registrar cada corredor de la tumba uno por uno. El interior era como un laberinto. No había un modo sencillo de seguir los pasos de Gul'dan.

A menos que...

No. Era una idea estúpida.

Khadgar inspiró hondo. Espiró. Seguía siendo una idea estúpida. Pero no se le ocurría nada mejor.

—Está bien —dijo en tono sombrío—. Más vale ponerse a ello.

Khadgar corrió al interior y recibió una bofetada de dolor al instante. Una poza oscura se abrió bajo sus pies y unos abisarios gemebundos extendieron los brazos desde el otro plano de la existencia y le agarraron las piernas; su gélido tacto quemaba, su fuerza era capaz de triturar huesos. Khadgar soltó una explosión arcana contra sus caras amorfas y se liberó a duras penas.

La trampa de Gul'dan había fallado. Su primera trampa... Habría muchas más, claro. —Y eso es bueno—murmuró Khadgar. Cuando encontró una sala con corredores que se ramificaban, lanzó energía por cada túnel.

En el túnel de la izquierda estalló en llamas. Perfecto.

Khadgar se desvió a la izquierda y se abalanzó a través de las llamas. A unos cien metros había otro cruce. Esta vez fue el túnel del norte el que relució. Khadgar ni siquiera aminoró mientras reventaba aquella trampa.

A Gul'dan lo estaban llevando con correa, estaba claro. De ser así, no habría tenido tiempo para dejar rastros falsos. Khadgar siguió corriendo. Podía seguir las trampas de Gul'dan. No era tan mal plan después de todo.

Corredor tras corredor, pasadizo tras pasadizo, Khadgar corrió sin parar. Las trampas de Gul'dan eran endebles, hechas a toda prisa. Khadgar se negaba a aflojar el paso, y eso le salvó la vida cuando una descarga gigante le vino de una dirección inesperada. De haber ido Khadgar un paso por detrás, la lanza de fuego verde le habría perforado el corazón en vez de desgarrarle la parte de atrás de la capa.

Mientras se adentraba en la tumba, Khadgar advirtió las elegantes líneas inscritas en las paredes. ¿Runas arcanas? Era un lugar muy inusual para ellas. Le eran desconocidas, y eran las más avanzadas que Khadgar había visto. Eran inquietantes. Algunas brillaban, lo cual era aún más inquietante. Gul'dan no tenía experiencia con lo arcano.

«¿O sí?». Las ideas se le agolpaban. «¿Qué ocurre aquí?». Este lugar había sido fortificado siglos antes por Aegwynn, la guardiana más poderosa de la historia de este mundo. Lo que hubiera hecho ella estaba mucho más allá de las facultades de Khadgar.

Y ella estaba bajo el influjo de Sargerass cuando lo hizo.

Aquel pensamiento hizo que Khadgar se detuviera en seco. Otra trampa, a solo unos centímetros, vibró y explotó. Se escudó con un gruñido de enojo y no sintió nada. Una de las runas estaba grabada en el techo del corredor. La estudió detenidamente. Sí, nunca había visto algo igual, pero la forma en que se curvaban sus ángulos, el modo en que canalizaba la energía... La intención le resultaba familiar.

Una runa así podía usarse como parte de un cerrojo.

Un cerrojo no, comprendió Khadgar con horror. La runa era una pequeña parte de una llave. Una llave enorme y oculta que yacía en la estructura de la propia tumba. Su complejidad era... cósmica. A Khadgar no se le ocurría otra palabra. Intentar asimilarlo con una sola runa era como intentar estudiar un océano con una sola gota de agua.

—Que la Luz nos ayude a todos —exhaló Khadgar. No era ningún misterio lo que la llave abriría: la Legión Ardiente había intentado crear un portal aquí hacía mucho, mucho tiempo, pero había fracasado. El poder de la Legión había quedado inerte, cualquier erudito del Kirin Tor podría corroborar esa historia.

«Pero la Legión Ardiente debe de saber algo que tú no sabes, o de lo contrario no estaría aquí este títere», Khadgar se recordó a sí mismo.

«¿Creó Aegwynn esta llave intencionadamente? ¿O tal vez Sargerass la manipuló, guiando sus actos de un modo tan sutil que ni se dio cuenta?». Khadgar no lo sabía. Lo único que podía deducir era que esta runa tenía una finalidad deliberada. Si intentaba toquetearla, seguramente la runa bloquearía su poder. O podría volverlo en su contra. Esas cosas tendían a resultar más bien letales.

Echó a correr de nuevo. Gul'dan estaba cerca. Si Khadgar eliminaba al único peón de la Legión en la isla, los planes de los demonios caerían en saco roto.

Los pasadizos torcieron pronto en la misma dirección. Khadgar dejó que lo llevaran hacia dentro, hacia las palpitantes descargas de energía vil. No había más trampas.

Una entrada estrecha y ornamentada llevó a Khadgar a una cámara imponente cuyo techo se perdía en las sombras. Y allí, en el centro, estaba su presa.

Gul'dan estaba en cuclillas, haciendo pequeños gestos sobre una baldosa reluciente. Giró la cabeza y Khadgar vio sus ojos rojos agrandarse con sorpresa.

Khadgar avanzó sin titubeos.

—Ha pasado demasiado tiempo, viejo amigo.

De las manos del archimago brotó una energía letal.

—Qué ganas tenía de encontrarte.

Gul'dan gruñó. —¿De veras?

El fuego verde colisionó con un poder violáceo.

La Tumba de Sargeris tembló. El combate había comenzado.

Tercera parte: La furia de la Tumba

Ondas de energía colosales chocaron, girando en un abultado vórtice de poder vil y arcano. La enorme sala se sacudió en todas direcciones al fluir por ella torrentes de fuego, pero Khadgar y Gul'dan no vacilaron, no se inmutaron, no pestañearon siquiera.

En su lugar, Khadgar exhibió una deslumbrante sonrisa. Sus brazos estaban extendidos hacia delante, su barbilla levantada. Nada de trucos de magia; tan solo una avalancha de poder puro.

Allí donde la furia de ambos colisionaba, brotaba fuego. El aire mismo amenazaba con encenderse. En ese caso, todo en el interior de la tumba quedaría destruido. Incluidos Khadgar... y Gul'dan.

Y ninguno de los dos retrocedía.

—GUL'DAN, PON FIN A ESTO.

Otra vez esa odiada voz. Kil'jaeden. Gul'dan gritó. —¡No te metas en esto!

—OBEDECE. RETÍRATE.

—¡Puedo matarlo! —bramó Gul'dan.

Khadgar sonrió burlón mientras el sudor empezaba a brillarle en la frente. —¿Quién es, Gul'dan? ¿Quién sujeta tu correa? —Gul'dan respondió con un rugido sin palabras, arrojando aún más poder contra el archimago. Volaron chispas, pero Khadgar desvió la energía con una risa ronca—. ¿A cuál de tus amos no hemos matado aún?

La voz de Kil'jaeden prendió la mente de Gul'dan.

—¡DETENTE! NINGUNO DE LOS DOS PODÉIS MORIR HOY.

—¡¿Qué?!

—¡AHORA MISMO!

No era una simple orden: era un ultimátum. O Gul'dan obedecía, o quedaría aislado de la Legión. En el acto.

Así que obedeció. Gul'dan abrió los brazos, esparciendo su poder en una fina membrana de puro fuego vil. El ataque de Khadgar la atravesó y, al romperse, se liberó una explosión de luz cegadora. Khadgar se protegió los ojos. Cuando el resplandor se desvaneció, Gul'dan ya no estaba.

Khadgar se enderezó y se sacudió los hombros. Algunas hebras de su toga habían comenzado a arder. —Sé que sigues aquí, Gul'dan —dijo—. No tienes ningún otro sitio al que ir.

Gul'dan acechaba escondido en las sombras. El truquito que había usado contra las vigías evitaría que Khadgar lo viera físicamente, pero Gul'dan sabía que el archimago tenía otras formas de dar con él. —No puedo cumplir tu tarea sin que lo note —le dijo Gul'dan a Kil'jaeden en voz baja—. Deja que lo mate.

—SACRIFICARÁ **TODO** POR LA VICTORIA. ESO NOS DARÁ UNA OPORTUNIDAD. MÁS TARDE...

Gul'dan no tenía ni idea de a qué se refería. Pero ahora sabía que la Legión Ardiente también tenía planes para Khadgar.

Y eso daba lugar a preguntas interesantes. ¿De veras creen que pueden convertirlo? Si lo logran, ¿me necesitarán a mí para algo? La traición volvía a parecerle muy atractiva.

Gul'dan se movía sin cesar en la oscuridad. Khadgar comenzaba a lanzar orbes arcanos relucientes, desterrando las sombras poco a poco.

También llenaba la cámara de palabras. —¿Qué importancia tienes, Gul'dan? ¿Es Kil'jaeden quien te da órdenes? ¿O solo uno de sus perritos falderos?

Su voz parecía venir de todas las piedras a la vez. Una idea ingeniosa. Eso ocultaba su ubicación. Gul'dan dedujo enseguida cómo imitarlo. Un toquecito vil, y su propia voz resonó por toda la estancia. —Khadgar, nunca te he dado las gracias por tu ayuda. No me habría resultado fácil liquidar a la Horda de Hierro yo solo. Tú y tus amigos fuisteis muy útiles —dijo.

Khadgar rio. —Sí, y lo bien que acabó todo para ti. Por mí te ayudo así siempre que quieras. —Se dio la vuelta y una descarga de fuego apuntó directamente a Gul'dan. Pilares de piedra se evaporaron y, del techo, cayó una avalancha de rocas con gran estruendo.

Gul'dan no se movió y dejó que el caos pasara. El ataque había fallado por apenas unos pasos. Tal vez no se había ocultado tan bien como creía... Pero, tras un momento, Khadgar miró en otra dirección. Pura suerte, nada más.

Gul'dan tenía a tiro la espalda de Khadgar, pero le habían prohibido atacar. Era absurdo. Quizás se le permitiría cometer un error en el fragor de la batalla. «Kil'jaeden se pondría furioso, pero sigue necesitándome», pensó. Cuando llegara el momento oportuno, Gul'dan pondría a prueba su teoría.

Hasta entonces, tenía que darse prisa con su tarea. Basta de dar palos de ciego. —Kil'jaeden, dime qué hay en esta tumba y cómo liberarlo —susurró Gul'dan.

Hubo un silencio. Y entonces, al fin, Kil'jaeden cedió.

—ESCUCHA ATENTAMENTE.

Así lo hizo. Mientras Kil'jaeden hablaba, Gul'dan no pudo evitar que una sonrisa le retorciera los labios.

Khadgar caminó lentamente por el centro de la cámara, sin esforzarse por enmascarar sus pisadas. Esta zona era inmensa. Hileras de columnas se extendían hacia las tinieblas y brillaban débilmente con sus runas activadas a medias. Los sitios donde Gul'dan podía esconderse eran infinitos. Sería más fácil hacerlo salir que buscarlo en las sombras.

—¿Tienes miedo, Gul'dan? —No hubo respuesta. Khadgar esperaba que cada palabra, cada paso, fuera como una daga que perforara el orgullo del brujo; no parecía que a Gul'dan le hubiera gustado la orden de retirarse. «¿Tan rigurosamente lo guía la Legión Ardiente?» Khadgar mantuvo un tono insolente. —¿Alguna vez has tenido que vencer personalmente a un adversario preparado? ¿Alguien que sepa exactamente qué eres? Está claro que tu otro yo no. Avanzó desde Draenor a Azeroth y arrasó ciudades enteras, pero siempre tuvo a otros que le hacían ese trabajo sucio. Qué incómodo debe de ser esto para ti.

Un leve frufrió. Piel rozando tela. Esa fue la única advertencia que recibió Khadgar. Gul'dan estaba alzando las manos.

Un estrepitoso muro de fuego verde salió disparado hacia la espalda descubierta de Khadgar. Este dejó que se acercara. Cuando ya sentía el calor en el cuello, realizó un simple gesto. La magia Arcana congeló el aire en torno a él y lo envolvió en una barrera de hielo.

El fuego de Gul'dan apenas derritió unas pocas gotas. Con un gruñido, Gul'dan se retiró de nuevo a las sombras. Khadgar sonrió. Otro gesto, y la barrera se rompió en mil pedacitos, que cayeron al suelo con un sonido musical. Khadgar se sacudió el frío repentino y reanudó el paso mientras sus botas convertían el hielo en charcos. —Uy, casi —dijo.

Un gruñido de dolor apagado flotó por la estancia.

Khadgar no pudo evitar reír. —¿No tenías permiso para atacarme? ¿Qué tal la disciplina de la Legión, Gul'dan? ¿Vas a ser una buena mascota ahora?

La voz del orco estaba a punto de explotar de rabia contenida. —¿Crees en el destino, humano? —preguntó.

Qué pregunta tan rara. —Conozco tu destino —dijo Khadgar.

—¿Y qué me dices de la redención?

—¿Redención? ¿Para ti? No —resopló Khadgar.

—No, para mí no —admitió Gul'dan. —Vuestro tipo de redención me aburre. Como aburrió al hijo de Grito Infernal, tengo entendido.

En eso tenía razón. —¿Qué quieres? No creo que ser una marioneta te resulte atractivo.

—Quiero que mis enemigos ardan —dijo Gul'dan.

—Muy bonito —dijo Khadgar. Ya no venían ataques desde las sombras. Gul'dan estaba haciendo tiempo.

Khadgar inspeccionó la cámara. Un pedestal cercano refulgió y atrajo su atención. Estas runas sí las reconoció. Eran una antigua obra de los Altonato. Durante la Guerra de los Ancestros, cuando la Legión había intentado abrir aquí un portal —lo que habría creado una especie de segundo frente—, había hecho falta una importante cantidad de magia para sellarlo. Eso era exactamente lo que estaba mirando: uno de los cinco sellos. Solo sabía de ellos por sus estudios. Khadgar se inclinó para examinarlo. Era una obra fascinante, muy precisa a pesar de haberse hecho de forma apresurada. Seguía activa y emitía una luz violeta mientras...

Se oyó un ruido. El sello emitió un brillo verde y luego se oscureció. Khadgar se quedó mirando. Tras un instante, salió de él un humo acre, pero su luz se había apagado del todo.

El sello había desaparecido ante sus propios ojos. Khadgar tuvo un presentimiento. Gul'dan. Aun estando escondido, estaba rompiendo los sellos.

¿Y cuando hubieran caído todos? La Legión ganaría. Khadgar no podía aguardar más. Creó energía en forma de lágrima hasta la altura de su hombro y la llenó de poder. Aparecieron dos brazos, y el elemental Arcano abrió los ojos. —Sirvo —dijo.

Khadgar señaló hacia las sombras. —Hay alguien escondido. Da unas patadas a las rocas hasta que salga —dijo.

—Obedezco —dijo el elemental. En realidad, no podía patear nada —no tenía pies—, pero se fue flotando al rincón derecho sin hacer preguntas. Eso estaba bien. Los elementales podían ser terriblemente literales. Tarde o temprano tropezaría con Gul'dan. Pero ¿por qué conformarse con uno? Khadgar invocó más. Era hora de meter presión al brujo.

«Y a poder ser, a sus amos», pensó Khadgar. De pronto tuvo una nueva idea. Al fin y al cabo, había muchas formas de distracción.

—Por cierto, Gul'dan —dijo—, tengo que preguntártelo: ¿te ha dicho la Legión cómo moriste?

«No era yo», pensó Gul'dan. Pero su irritación pugnaba con su curiosidad. ¿De verdad conocía el archimago cuál fue el final del otro Gul'dan?

Kil'jaeden pareció leerle el pensamiento.

—NO LE HAGAS CASO.

—No se lo hago —bufó, dolorido aún. Tras atacar Gul'dan a Khadgar, su desobediencia había provocado una rápida respuesta. Eso lo había enfurecido aún más. «Incluso a los esclavos de Ogrópolis los trataban mejor», protestó en silencio.

Miró alrededor de la cámara. No tenía cerca ninguno de los ensamblajes de Khadgar. Gul'dan usaba solo una pizca de poder vil, demasiado leve para que ni siquiera Khadgar lo localizara.

Pero el brujo no necesitaba más.

Kil'jaeden había revelado la verdad sobre la tumba. La estructura original se había resguardado contra intrusos demoníacos hacía miles de años, pero Gul'dan no era un demonio. No exactamente. Había mucho poder aquí, y no todo procedía de la Legión. Lo habían dispuesto en capas, invertido y escondido con tanta habilidad que solo una persona antes lo había descubierto. Pero, tras diez mil años de falta de atención, estos sellos, forjados con poder titánico por mortales imperfectos, tenían puntos flacos. Debilidades fatales.

La Legión no podía tocar los sellos, pero los demonios los habían estudiado. Los antiguos diseñadores de los resguardos los fabricaron para que mataran a quien intentara romperlos, pero Gul'dan sabía exactamente cómo abrir los cinco de un modo seguro.

Ya había caído uno, y Gul'dan seguía vivo. La Legión estaba dándole instrucciones válidas. Quedaban cuatro.

Gul'dan hizo un gran esfuerzo y notó que algo cedía. La tumba entera tembló. Otro sello menos. Quedaban tres. Miró a Khadgar, que inclinó la cabeza pero no parecía entender la magnitud de lo que había pasado. Romper los sellos no era algo tan espectacular como Gul'dan había supuesto.

Todo el poder que la Legión había preparado para abrir este portal parecía atraer a Gul'dan desde lejos. Llevaba demasiado tiempo inactivo... Alguien tenía que reclamarlo.

Curiosamente, Gul'dan empezaba a sospechar que la Legión no era consciente de la otra fuente de poder que había ahí abajo. Pero si bien podía sentirla, no podía blandirla. Eso la convertía en irrelevante. Por el momento.

La voz de Khadgar se inmiscuyó en sus pensamientos. —La Horda, la primera Horda, había invadido Lordaeron. Tú los abandonaste para venir aquí. —Uno de los elementales de Khadgar flotó cerca de Gul'dan, pero no lo vio—. Esta isla estaba bajo el océano. Tú la levantaste. Algo impresionante.

Gul'dan se centró en su tarea, con los dedos temblándole inconscientemente. Su poder vil actuaba a fondo en las runas de la tumba, buscando el tercer sello. «Ahí está.» Gul'dan intentó agarrarlo. No

pudo. Resbalaba. Cada vez que intentaba forzar su punto débil, se le escapaba. Era como intentar desatar un nudo de seda de araña a oscuras. Con los pies.

—Y como recompensa por tu lealtad, ¿sabes qué te pasó, Gul'dan? —preguntó Khadgar.

De repente, a Gul'dan se le fue la magia de las manos. El tercer sello no solo se rompió: se hizo añicos.

Sonó por toda la sala un profundo repiqueteo seguido de un estrépito. Gul'dan se quedó inmóvil. Los ensamblajes de Khadgar dejaron de moverse. Sonó un zumbido, y un color tenue que alternaba entre verde y violeta comenzó a brillar en cada piedra del suelo y las paredes de la cámara.

Gul'dan no solo había forzado el tercer sello, sino que, sin querer, había roto también el cuarto. Seguramente era un milagro no haber muerto.

Solo quedaba un sello. El placer de Kil'jaeden era palpable.

—BIEN HECHO. DESTRUYE EL ÚLTIMO.

Gul'dan titubeó. El último sello parecía distinto. Lo sondeó, pero no tenía punto débil. Parecía increíblemente fuerte, y se volvía más poderoso por momentos. La tumba misma lo estaba potenciando. Una oleada de energía Arcana imbuía el sello.

Era demasiado complejo para ser un accidente. Alguien había previsto este momento y había creado un mecanismo para impedirlo. Había en acción otra fuente de poder; Gul'dan la sentía. Había sido esa otra mortal, la que reclamó para sí este lugar siglos atrás. Esto era obra suya.

—Kil'jaeden, ¿qué ocurre? —susurró Gul'dan.

No hubo respuesta alguna.

La cámara se llenó con más luz. Gul'dan sentía que Khadgar estaba preparando una increíble cantidad de poder Arcano. Era evidente que el archimago sabía que algo importante iba a acontecer. —Ya sé por qué me resulta tan extraño este lugar —dijo Khadgar—. No he sentido nada igual desde mi época de aprendizaje. No sé por qué percibo el poder de un guardián, Gul'dan...

Khadgar liberó energía. Gul'dan se preparó, pero la magia Arcana solo se mantuvo en el aire. Un triángulo resplandeciente, el triple de alto que Khadgar, brillaba y chispeaba. Sus ángulos formaban un delgado filo. Khadgar giró las manos y el borde apuntó directamente al suelo.

La voz del archimago sonaba forzada pero decidida. —Pero veo lo que intenta hacer—. Los elementales Arcanos corrieron hacia el triángulo y sus brazos se fusionaron con él—. Y creo que le echaré una mano.

Gul'dan sintió una gran preocupación inarticulada por parte de Kil'jaeden.

Los elementales tiraron hacia abajo. El triángulo se incrustó en el suelo y resquebrajó la piedra. Toda la cámara osciló. Gul'dan cayó al suelo.

—¡MÁTALO! ¡MÁTALO AHORA, GUL'DAN!

Adiós a los planes de Kil'jaeden. Gul'dan se puso en pie, dejando caer la capa negra de sus hombros. Ya no había por qué esconderse. Desechó todos sus trucos. —Obedezco, Kil'jaeden —dijo el orco mientras alzaba las manos.

Khadgar lo vio de inmediato. —Así que es Kil'jaeden —dijo, sonriendo. Sus manos también se proyectaron hacia delante.

Los poderes de Khadgar y Gul'dan coincidieron en el centro con un trueno ensordecedor. El calor de su batalla ablandó la piedra bajo sus pies. Los elementales Arcanos levantaron de nuevo el triángulo. La cámara se estremeció. Cayeron columnas. Los elaborados mecanismos ideados para abrir un portal temblaban y se desarticulaban. El triángulo subía y bajaba. Las volutas de tonos verdes y violáceos parpadeaban.

El lugar estaba al borde del colapso. Khadgar podía hacer que se desplomara toda la cámara, y, con ella, el portal de la Legión.

Gul'dan lanzó un ataque tras otro. Khadgar los desvió todos. No tenía necesidad de arriesgarse a un contraataque. Estaba ganando.

—Kil'jaeden —susurró Gul'dan—, necesito el poder de la tumba.

—No.

—¡Queda un sello, y está protegido! ¡No puedo romperlo y matarlo a él! —Las palabras azotaron la lengua de Gul'dan—. Ha tenido décadas para estudiarme. Puede resistirme durante demasiado tiempo.

—ME TRAICIONARÁS.

Gul'dan inyectó más poder a sus ataques. Khadgar titubeó, pero se mantuvo firme. Gul'dan gruñó frustrado. —Khadgar destruirá la tumba. La Legión nunca volverá a tener ocasión de usar este sitio. O te convences de que quiero a ese idiota muerto, o tus planes se irán al traste.

El sudor recorría la cara de Khadgar. —No he terminado la historia —dijo—. Cuando entraste en la Tumba de Sargeraz, moriste en una emboscada.

Gul'dan notaba la indecisión de Kil'jaeden. «El Impostor me conoce demasiado bien», pensó. Pero entonces, apareció algo: un lago de fuego en otro mundo que estaba a su alcance...

—El otro Gul'dan no murió a manos de la Alianza, ni de la Horda a la que traicionó —dijo Khadgar. Gul'dan no podía evitar escucharlo—. Entró en la tumba y fue desmembrado por demonios. Supongo que a la Legión Ardiente ya no le servía de nada.

Las palabras aturdieron a Gul'dan.

Tiempo atrás, había sido un paria en Draenor con una sola ambición: alimentarse. La Legión le hizo ver una simple verdad: la fuerza no se podía ignorar. Y jamás volvió a pasar hambre.

Khadgar acababa de enseñarle otra verdad: la fuerza de Gul'dan dejaría de ser útil. Que la Legión se deshiciera de él no era una posibilidad, sino una certeza. Era el destino.

De repente sintió una oleada de poder.

Khadgar seguía hablando. —Me pregunto qué te harán a ti, Gul'dan, cuando hayan acabado. —Hizo una pausa. El humor desapareció de su voz; debió de sentir el cambio—. ¿Qué haces, brujo?

Gul'dan dejó de atacar a Khadgar y concentró su poder en el último sello. Su propia fuerza más todo el poder prestado. Gul'dan agarró el sello con un puño lleno de energía vil...

...y lo aplastó. La energía letal del sello se desató, pero quedó en nada frente a la suya.

Y, sin más, los resguardos desaparecieron. El lago de la Legión Ardiente, fuerza suficiente para destruir barreras entre mundos, fluía libre y se dirigía hacia el portal enterrado en la isla.

Pero esa fuerza nunca llegó. Gul'dan se la apropió antes.

Un fuego inundó la mente de Gul'dan. Chilló, sujetándose la cabeza y apretando los ojos. Se olvidó de Khadgar y de la tumba. Sus defensas cayeron, y la furia Arcana de Khadgar se abalanzó sobre él. Gul'dan ni lo notó. Se asfixiaba de poder. Ahogado en un océano sin fin.

Era vil. Y era magnífico. Bebió con ganas.

Sintió dolor.

Luego, se equilibró y controló la situación.

Este poder era... auténtico. Era lo que siempre había querido. Era lo que la Legión Ardiente le había prometido: una fuerza que no se podía ignorar.

Hasta ahora, los demonios solo le habían dado sobras. ¿Por qué dar más a un necio desechable?

Gul'dan abrió los ojos. —Adiós, archimago —dijo, levantando un dedo.

Khadgar se envolvió en hielo.

Estalló una furia abrumadora. La cámara se balanceó como un barco en mar gruesa. Los elementales Arcanos y el triángulo se evaporaron.

El bloque de hielo que protegía al archimago parecía un guijarro en un huracán. Gul'dan intentó romperlo sin éxito alguno. Aquello sorprendió al brujo, pues sentía que podía destruir el mundo entero. Pero decidió que se encargaría de Khadgar más tarde. Gul'dan agitó la mano y el hielo salió despedido por la entrada, fuera de su vista. Luego desplomó el arco de la puerta. Toneladas de roca se derrumbaron y sellaron la cámara. Aunque Khadgar siguiera vivo, ya no supondría un problema.

Gul'dan había ganado. El poder en su interior era inimaginable. Las posibilidades, ilimitadas.

Y, aun así, Kil'jaeden todavía creía que podía darle órdenes.

—HICISTE UN PACTO, GUL'DAN. TERMINA TU TAREA. ÁBRENOS EL CAMINO.

Gul'dan inspiró hondo, saboreando el momento.

—No, Kil'jaeden —contestó—. No lo haré.

Cuarta parte: Solo contra todos

Khadgar se levantó temblando. Le dolía todo. Fragmentos de hielo a medio derretir se deslizaron por su cuerpo y cayeron al suelo repiqueteando. ¿La muerte era así? ¿El frío entumecedor, el pesar del fracaso absoluto?

El pasadizo estaba oscuro. Khadgar conjuró una bola de luz que reveló el muro de escombros donde antes había una entrada.

Gul'dan estaba al otro lado y tenía recursos para arrastrar Azeroth al apocalipsis.

Khadgar apartó la mente de ese pensamiento. Gul'dan aún no había abierto el portal a la Legión. Quizás la historia del archimago surtiese efecto.

Invocó otro triángulo Arcano y lo clavó en el montón de piedras para hacerlo añicos. Aún había esperanza. Siempre la habría.

Tenía que creerlo.

Kil'jaeden permanecía en silencio. Gul'dan no.

—No creo que Khadgar mintiera —dijo el orco. Estaba tranquilo. En Draenor, los garn también lo estaban justo antes de darse un festín—. El otro Gul'dan murió aquí a manos de la Legión, ¿no?

—Sí, ASÍ ES.

Gul'dan agachó la cabeza. —Así que la Legión Ardiente no cumple sus pactos. —Con este poder, no necesitaba a la Legión. Podía conquistar Azeroth él solo y lanzar una lluvia de fuego sobre quienes se opusieran. La primera víctima sería Khadgar, pero el fuego era un final demasiado glorioso para él. El otro Gul'dan había alzado esta isla; lo mejor sería volver a hundirla. ¿Cuánto aguantaría un archimago bajo el agua? Sería divertido averiguarlo—. Una parte de mí siempre supo que nuestro acuerdo no duraría —dijo.

—ESO ES PORQUE ERES UN INSENSATO. AHORA Y ENTONCES.

El tono de Kil'jaeden reflejaba su desagrado. Gul'dan se rio.

—Ja! Un insensato prevenido, al menos —dijo.

Pero Kil'jaeden no había terminado.

—YO ESTABA AHÍ CUANDO TE UNISTE A NOSOTROS. TU RAZÓN SIEMPRE HA ESTADO NUBLADA POR UNA FALSA AMBICIÓN, GUL'DAN.

La ira perforó la satisfacción de Gul'dan. —¿Falsa? —Usó esa nueva fuerza para llegar hasta Kil'jaeden. Vio el rostro del eredar—. Pensabais deshaceros de mí desde el principio.

Los ojos ardientes de Kil'jaeden aguantaron la mirada de Gul'dan.

—NO, GUL'DAN. TENTAMOS A LOS DÉBILES CON BARATIJAS Y RECOMPENSAS FUGACES. A TI TE PROMETIMOS MUCHO MÁS.

Gul'dan respondió con desdén. —Un cebo más grande para un pez más gordo. Me habríais destripado igualmente.

—MORISTE PORQUE NOS TRAICIONASTE. TENÍAS QUE AYUDAR A **MI** HORDA A EXTERMINAR TODA LA RESISTENCIA DE ESTE MUNDO. PERO A LA HORA DE LA VERDAD, LOS ABANDONASTE. DIVIDISTE SUS EJÉRCITOS PARA RECLAMAR ESTE LUGAR. NUESTROS PLANES QUEDARON EN NADA. TE GANASTE TU DESTINO.

—¡Ese no era yo! —rugió Gul'dan.

—ERES TRAICIONERO POR NATURALEZA. TUVE QUE TRAERTE AQUÍ A RASTRAS PORQUE SIGUES SIENDO DEMASIADO ESTÚPIDO PARA COMPRENDER TODO TU POTENCIAL. INCLUSO AHORA CREES TENER UN PODER CONSIDERABLE. TE FALTA VISIÓN.

Kil'jaeden había estado sentado en un gigantesco trono de metal y cristales pulidos, estratos de materiales que Gul'dan nunca había visto. Ahora permanecía en pie. Los sentidos aguzados de Gul'dan le permitían vislumbrar otro mundo. Podía olerlo y pesarlo. Se preguntó cómo se llamaría esta tierra. Se preguntó si alguna vez la visitaría. ¿Qué haría falta para conquistar un lugar así?

—CONFIABA EN QUE TUVIERAS MÁS VISIÓN QUE TU OTRO YO. TAL VEZ AÚN LA TENGAS.

—Me temo que te vas a llevar otra decepción, amo —dijo Gul'dan—. No veo razón para superar mi falsa ambición.

Era imposible. Khadgar tardaría días en volver a la cámara y, tal vez, solo tuviera segundos para detener a Gul'dan. El montón de rocas no se acababa nunca.

Podría probar desde otro ángulo. Un sitio donde los muros no fueran tan gruesos. Donde el suelo fuera más fino. Lo que fuera. ¿Y si invocara más elementales Arcanos? No. No eran lo bastante fuertes.

Los pensamientos de Khadgar no le dejaban centrarse en el presente. «¿Cómo será el fin de Azeroth? ¿Cuánto arderá? ¿Cuánta gente será esclavizada? ¿Cuántos campeones sucumbirán a la corrupción antes que morir?».

¿Cuántos mundos más conquistarán en nombre de la Legión?

Entonces una voz lo cambió todo.

—Parece que te va tan bien como esperaba, archimago.

Khadgar no se giró para esconder su alivio. —Me alegra haber hecho el ruido suficiente para llamar tu atención. ¿Hay algún sitio por donde podamos pasar? ¿Algún punto con menos rocas entre él y nosotros? —preguntó.

Maiev Cantosombrío se puso a su lado y estudió el muro de escombros. —Busquemos uno. ¿Gul'dan está solo?

Era una pregunta difícil de responder. —Digamos que sí, por ahora. No tenemos mucho tiempo.

—No, claro —dijo ella.

—Maiev. —El gesto de Khadgar era serio. Había vuelto; tenía que advertirla—. He fallado.

Ella lo miró inexpresiva. —¿Y?

—Nosotros ya no podemos detenerlo.

—No veo que huyas.

Bueno, eso era incuestionable. —Queda claro, pues —dijo Khadgar.

—Por aquí. —Maiev lo condujo por el túnel del este.

Kil'jaeden se inclinó hacia delante. El aire pareció temblar.

—DESDE EL PRINCIPIO, TE CREÍSTE DESTINADO AL PODER. Y ASÍ ES. TAMBIÉN TE CREÍSTE DESTINADO A SER TU PROPIO AMO.

Sus siguientes palabras atronaron tajantes.

—ESO NO SUCEDERÁ JAMÁS.

—¿No? —dijo Gul'dan sin alzar la voz—. Dadas las circunstancias...

—TODA CRIATURA SIRVE A UN AMO. INCLUSO YO. ESA ES LA ELECCIÓN PARA TODOS: SERVIR A OTRO O MORIR SOLO.

Gul'dan se quedó indiferente. —Tal vez algún día te inclines ante mí, Impostor —dijo.

—¿HASTA DÓNDE PUEDES LLEGAR? ¿CUÁNTOS MUNDOS PUEDES GOBERNAR? EL PODER QUE TIENES NO DURARÁ ETERNAMENTE. NO ERES NADA ANTE LA LEGIÓN.

—Ya veremos.

—LA SERVIDUMBRE NO ES UNA PRISIÓN. TÚ ME SERVIRÁS A MÍ, Y OTROS A TI. IMAGINA SER EL AMO DE TANTOS. IMAGINA LAS FILAS DE LA LEGIÓN A TU MANDO Y TODO LO QUE HARÁS **ARDER** POR NOSOTROS.

Gul'dan contempló a Kil'jaeden. «Tanto poder... Tanta furia. Y aun así ya no puede hacerme obedecer», pensó. No necesito sus promesas vacías.

Kil'jaeden sintió el distanciamiento creciente entre ambos.

—YA BASTA, GUL'DAN. ELIGE. PUEDES DEMOSTRAR TU LEALTAD DEVOLVIENDO EL PODER AL PORTAL Y ABRIENDO EL CAMINO, O PUEDES TRAICIONARNOS DE NUEVO. TU ÚNICA SATISFACCIÓN ANTES DE QUE TE DESTRUYAMOS SERÁ HABERTE VENGADO CONTRA UNOS MORTALES INSIGNIFICANTES.

El eredar se despidió con un último pensamiento.

—TEN ESTO PRESENTE: PUEDES LLAMARME "IMPOSTOR", PERO NUNCA TE HE MENTIDO. JAMÁS. NI EN ESTE MUNDO NI EN EL TUYO.

Dicho esto, Kil'jaeden expulsó la mente de Gul'dan.

La cámara se sumió en el silencio, y Gul'dan quedó solo al fin. Kil'jaeden estaba ya muy lejos de allí.

El único ruido era un ligero temblor. Era Khadgar intentando volver a entrar. Un esfuerzo inútil.

En cuanto a la Legión Ardiente... No era una decisión complicada. Los días de servidumbre de Gul'dan habían terminado. Nada podía detenerlo. No tendría amo.

Una sombra de duda recorrió sus entrañas. Hizo una mueca y esperó a que el poder que fluía por sus venas la hiciera desaparecer. No fue así.

Gul'dan se estaba irritando. Tal vez fuera una debilidad mortal que nunca podría superar: la duda. Examinó sus sentimientos. Su confianza en la fuerza que poseía era máxima. ¿De dónde venía esta incertidumbre?

El suelo tembló de nuevo. Era Khadgar, y no estaba solo. Gul'dan también sentía a Maiev Cantosombrío. Había regresado. Eso no se lo esperaba. Cuando Gul'dan los observó antes, había notado enemistad entre ellos. La habían superado con una rapidez inquietante. Ahora colaboraban.

«¿Quieren entrar? Fantástico. Que se precipiten a su muerte, pues». Matarlos le despejaría la mente.

Y entonces no quedaría nadie en Azeroth que se opusiera a Gul'dan.

Solo que...

Esa. Esa era la duda.

Khadgar había sido derrotado por completo, y aun así no se daba por vencido. Cantosombrío se había opuesto a la mera presencia del archimago, y estaba arriesgando la vida para ayudarlo. Y solo eran dos. Había otros.

Esos otros...

Juntos... se habían enfrentado a la Horda de Hierro y habían vencido.

Juntos... habían corrido a enfrentarse a la Horda corrupta. Habían entrado en la ciudadela de Gul'dan y la habían hecho pedazos.

Juntos... se habían enfrentado a la Legión Ardiente. Habían derrotado a Archimonde. Si no habían huido de él, no huirían de nada.

La mente de Gul'dan se llenó de puro terror. Estaba en un mundo único con criaturas mucho más tenaces incluso que el archimago. Gul'dan tendría que enfrentarse a todas ellas.

Solo.

Sin amo ante el que responder.

Pero solo.

Gul'dan no podía calcular su nuevo poder, pero sí el de ellos. Se quedó en la tumba mucho rato pensando... Evaluando...

Algunas rocas cayeron en la cámara. Khadgar se abrió paso por el agujero hasta entrar. Detrás vino Maiev, con su media luna umbría lista para atacar.

Juntos corrieron hacia él. Gul'dan se limitó a mirar. Atacaron. Él los apartó sin levantar un dedo y fueron a parar al otro lado de la cámara. Maiev giró en el aire y tocó la pared grácilmente agazapada, y Khadgar simplemente se teletransportó del aire al suelo para caer con suavidad. Lo intentaron de nuevo. Esta vez Gul'dan sí tuvo que moverse; la hoja de Maiev le rozó la garganta.

Khadgar hizo llover hielo. Gul'dan dio una palmada y paredes de fuego verde chocaron entre sí. Deberían haber aplastado a Khadgar, pero se libró de un salto. Y ahí estaba la celadora Cantosombrío, intentando trincharlo otra vez. Gul'dan extendió la mano con la intención de arrancarle el alma, pero Khadgar intentó desviar la fuerza del brujo hasta que Maiev pudiera retirarse.

—A ver si lo entiendo. —La voz de Gul'dan era extrañamente sosegada, incluso para él—. ¿Por qué lucháis? Aquí solo podéis morir.

—Pues mátanos si puedes —le espetó Khadgar. Cantosombrío afianzó su posición y golpeó su hoja dos veces contra una columna para indicar que estaba de acuerdo.

Gul'dan no dudaba de que podía matarlos a ambos. Pero ya deberían estar muertos. Su obstinada resistencia era justo lo que encontraría en este mundo, una y otra vez. Khadgar y Cantosombrío solo eran los primeros de muchos.

No puedo derrotarlos a todos yo solo.

Gul'dan podía matar a estos dos. O podía obedecer a la Legión Ardiente.

Cerró los ojos y, con un gemido, dejó que el fabuloso poder lo abandonase. Kil'jaeden se hizo con él y lo envió directamente a la tumba. Las paredes brillaron aún más, rivalizando con el sol del mediodía.

Gul'dan tuvo una aguda sensación de pérdida. Todo ese poder perdido. La tumba no solo lo estaba usando: lo estaba consumiendo. Unos sonidos terribles y ensordecedores anunciaban la creación de un puente que unía dos mundos. De pronto, la vía se abrió. Llegó una corriente de aire de otro plano de existencia, rugiendo a velocidades de huracán. Khadgar y Maiev cayeron al suelo y se aferraron a él.

Entonces el brujo oyó aquella voz familiar.

—BIEN HECHO, GUL'DAN. TIENES LA VISIÓN QUE ESPERABA.

Las palabras de Kil'jaeden ya no le resonaban en la cabeza. Ya no era necesario. Gul'dan notó algo nuevo en la Legión Ardiente: confianza. Era una sensación vertiginosa.

—¿Qué hago? —preguntó Gul'dan.

—OBSERVA. MIRA LO QUE HEREDARÁS.

Kil'jaeden se llevó a Gul'dan a presenciar la gloria de la Legión.

La luz se desbordó sobre la sombra infinita, iluminando las filas de un ejército que se extendía más allá de la vista. Estaban listos. Siempre lo habían estado. Pero nunca antes habían tenido una vía así. Un poder tumultuoso los urgía a entrar en otro mundo, y obedecían con gusto.

—Es más de lo que había soñado —susurró Gul'dan.

—ES EL PRINCIPIO DEL FIN DE AZEROTH.

Y ahí estaba: Azeroth. Gul'dan se hizo a un lado mientras las fuerzas de la Legión Ardiente avanzaban en masa. Siempre adelante. Pronto se uniría a ellos, y no como sirviente.

Como líder.

Khadgar sentía el corazón latiendo en sus oídos mientras trataba de huir de su pesadilla hecha realidad. —¡No pares, Maiev! —gritó, corriendo.

Ella no aflojó, pero tampoco respondió. No había nada más que decir.

La Legión Ardiente ha llegado.

Gul'dan se había esfumado ante sus ojos, y otros lo reemplazaron. Muchos otros. Khadgar y Maiev solo podían huir. La Legión ya los perseguía. Khadgar no se atrevió a mirar atrás. Las paredes a su alrededor titilaban y se desmoronaban.

De algún modo, Gul'dan había destruido los cinco sellos ante las narices de Khadgar, y el portal durmiente había despertado.

«No puedo reconstruir los sellos», pensó Khadgar con desesperación. No podía ni imaginar el poder que necesitaría. Así que huyó.

La luz del sol penetraba por una entrada más adelante. Maiev llegó antes y giró hacia el norte. — ¡Vuelvo a la cámara! ¡Tú aléjalos!

Khadgar se desvió al este. — ¡Buena suerte, celadora!

— ¡Lucha y muere bien, archimago!

Khadgar extendió los brazos y se elevó en forma de cuervo, canalizando magia en una deslumbrante exhibición de luz y sonido.

Surtió efecto. Un coro de chillidos estalló detrás de él. Se atrevió a echar una mirada. El suelo ya se estremecía, plagado con la vanguardia de un ejército que pretendía conquistarlo todo. El cielo se oscurecía, oculto tras una torre creciente de humo verde que surgía de la isla. Allí vio una figura familiar. Gul'dan levitaba en medio del infierno, acompañando con su risa a los horrores que había liberado. Señaló a Khadgar. Bandadas de demonios alados se apresuraron a obedecer. Khadgar se esforzó por ganar velocidad. Las fuerzas de la Legión lo perseguirían sin piedad. Eso podía dar a Maiev y sus vigías el tiempo necesario.

O tal vez no.

«Pero ella volvió.» Era una pequeña victoria en medio de tamaño fracaso, pero una victoria al fin y al cabo.

Aprovechó una corriente de aire que lo propulsó por el cielo. Esto ya no se trataba de Maiev, ni Khadgar, ni siquiera Gul'dan.

Tiene que haber un modo de detener a la Legión.

Khadgar había fallado. Necesitaba respuestas. Necesitaba ayuda. Si se quedaba, moriría.

Así que siguió volando. Los demonios no mostraban señales de aminorar ni cuando atravesaba el mar abierto dejando las Islas Abruptas muy atrás. Alertaría al Kirin Tor, a la Alianza y a la Horda. A todos. Responderían a la llamada como lo había hecho Maiev.

Tenía que creerlo.

La gran pesadilla estaba empezando, y nadie en Azeroth podría despertar de ella en solitario.

FIN

©2016 Blizzard Entertainment, Inc. Todos los derechos reservados. Legion es una marca comercial, y World of Warcraft, Warcraft y Blizzard Entertainment son marcas comerciales o marcas registradas de Blizzard Entertainment, Inc. en los EE. UU. y/u otros países.